

## EL MURIÓ POR NOSOTROS

En un cementerio de Búfalo, en el estado de Nueva York, se eleva sobre una tumba una magnífica cruz de mármol. En frente de esa tumba estaba sentado en un banco un anciano de cabellos blancos. Con las manos puestas sobre las rodillas tenía fijos sus ojos en la cruz, mientras que por su cara se deslizaban abundantes lágrimas. En más de una ocasión se lo podía ver allí, a veces acompañado por otras personas, también conmovidas. Cuando se le preguntaba acerca de su actitud, señalaba la lápida de mármol que descansaba sobre un pedestal, sobre la cual podía leerse en grandes letras: "Al timonel Juan Maynard. Los agradecidos pasajeros del 'Schwalbe'. El murió por nosotros". Si la gente insistía en los pormenores, relataba con labios trémulos y ojos humedecidos la siguiente impresionante historia:

Juan Maynard era timonel de un vapor que se dirigía de Detroit a Búfalo, y nosotros éramos pasajeros. Transcurría una hermosa tarde de verano, y la cubierta hormigueaba de gente, cuando una espiral de humo comenzó a brotar dentro del vapor.

-Simpson -gritó el comandante-, baja a ver qué sucede allí.

Simpson descendió y volvió arriba muy pálido.

-Señor comandante -exclamó-, el navío está incendiado. E inmediatamente se oyó surgir de todos lados el grito angustioso: "¡Fuego a bordo! ¡Fuego a bordo!"

Toda la tripulación acudió rápidamente a combatir el incendio con poderosos chorros de agua, pero todo fue inútil. Había en el cargamento gran cantidad de resina y alquitrán que frustraba todos los esfuerzos.

Los pasajeros corrieron hacia el capitán y le preguntaron:

-¿Qué distancia nos separa de Búfalo?

-Dos kilómetros.

-¿Cuánto tiempo se necesita para recorrer esa distancia?

-Tres cuartos de hora si conservamos la marcha.

-¿Hay algún peligro?

-¿Peligro? Miren cómo sube el humo. ¡Refúgiense en la proa si no quieren perecer!

Todos se precipitaron hacia adelante, pasajeros, marineros, hombres, mujeres y niños. Juan Maynard permaneció en el timón. El fuego irrumpía despidiendo llamas y negras columnas de humo. El comandante, usando un megáfono, gritó:

-¡Juan Maynard!

-¡A la orden, señor comandante!

-¿Estas en el timón?

-¡Sí, señor!

-¿Cuál es el rumbo?

-Sud sudeste.

-Dirige la proa al sudeste.

La costa se acercaba y otra vez gritó el comandante:

-¡Juan Maynard!

La respuesta de dejó oír muy débilmente:

-¡A la orden, señor comandante!

-¿Puedes aguantar cinco minutos más?

-¡Aguantaré con la ayuda de Dios!

El cabello del viejo timonel estaba chamuscado hasta el cráneo, el cuerpo quemado y la mano derecha carbonizada. Firme, sin embargo, como una roca en medio de las aguas, Juan Maynard se aferró con la izquierda al timón y enclavó la proa en la tierra. Todos estábamos a salvo, menos el timonel, quien cayendo en la playa expiró: murió por nosotros. Rodeamos el cuerpo profundamente enternecidos y con los ojos llenos de lágrimas. Aquí está sepultado. Marineros y pasajeros y casi toda la ciudad acompañaron su féretro; y cuando el cuerpo bajó al sepulcro se oyeron fuertes sollozos y voces de tristeza. Le erigimos este monumento, que no resistirá la acción del tiempo, pero su memoria ha de continuar en nuestros corazones; nunca lo olvidaremos, porque él murió por nosotros.

¡Apreciado lector! dirige tus ojos hacia el Gólgota y veras allí tres cruces, y en una de ellas verás al Varón de dolores del cual testificó el profeta:

"Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores... Más él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz sobre él; y por su llaga fuimos nosotros curados (Isaías 53: 4,5)". Su memoria ha de continuar en nuestros corazones, y nunca lo olvidaremos, porque él murió por nosotros.